

J. M. Losada Goya, *Mitocrítica cultural. Una definición del mito*, Madrid, Akal, 2022, 828 pp.

Vicente Cristóbal

<https://www.doi.org/10.5209/cfcl.106017>

El argumento de este libro es de fundamental importancia para la literatura y la cultura en general. Y lo primero, a mi juicio, que hay que decir de él es que se trata de un libro valiente, con una firme idea nuclear; un libro lleno de muy útil erudición, fruto sin duda del paciente trabajo de mucho tiempo y muchas lecturas; y un libro necesario, porque necesario era y sigue siendo enfrentarse decididamente a la creciente banalización del concepto de mito y a la descontrolada, arbitraria y vulgarizada ampliación semántica de ese concepto clave en la historia de la cultura. O, por lo menos, porque urge marcar distancias desde el ámbito científico-académico entre las acepciones populares y periodísticas de lo mítico, que tan alegre e irresponsablemente se prodigan y pululan, y la acepción técnica, acotada y lo más precisa posible con la que debiéramos usar el nombre y el concepto en los estudios filológicos y antropológicos.

Pero, además, otro frente, otra meta del libro es la de dar un mayor fundamento metodológico y un apoyo sólido a los estudios sobre las relaciones de mito y literatura, o mito y cultura, entendidos como ciencia autónoma, y etiquetados con el título de “Mitocrítica” a partir de las influyentes investigaciones de Gilbert Durand.

De modo que, con tales horizontes a la vista, el autor propone una definición en la que sobresale, por encima de los demás elementos que la componen, la idea de que el mito tiene como rasgo esencial en su argumento su referencia a lo “trascendente sobrenatural sagrado”, o dicho de otro modo: rasgo inherente al mito es su respuesta positiva a la pregunta sobre la divinidad. Y esta es concretamente la definición de mito que aquí se nos ofrece (p. 193): “Relato funcional, simbólico y temático de acontecimientos extraordinarios con referente trascendente sobrenatural sagrado, carentes, en principio, de testimonio histórico y remitentes a una cosmogonía o una escatología individuales o colectivas, pero siempre absolutas.”

Se trata, en verdad, de una definición extremadamente larga contra la sólita búsqueda de sintética brevedad para la elaboración de definiciones, pero con ella –y lo explica el autor– se ha querido presentar en germen todos los ítems y explicaciones ampliamente desarrolladas inmediatamente después en el libro, y quizá en ese sentido no podamos decir que le falte concisión, aunque sea tan larga; a pesar de que es evidente, me parece a mí, que para el propio autor no todos los componentes de la definición cuentan por igual ni en la misma proporción, sino que, como he adelantado, el elemento principal, el más alumbrado y resaltado por el profesor Losada, es la sobrenaturalidad presente en el argumento mítico.

Pero antes de ahondar en esa definición, hay que señalar cómo en ella está la clave de la estructura de la parte II, que es la nuclear del libro (“Definición y desarrollo”, pp. 191-683), articulada a su vez en 11 capítulos, que son el desglose, argumentación y ejemplificación de la propuesta. A esa parte, la precede un prefacio (pp. 5-8) y una introducción o parte I (pp. 9-190), que sitúa la problemática estudiada en el momento actual; y sigue a todo ello (pp. 685-828) una breve conclusión, unos agradecimientos, una copiosa bibliografía, y varios índices (mitológico, analítico, de obras y onomástico), además del índice general.

Abordo a continuación el comentario de la definición propuesta. Y para empezar, dudas y reparos me asaltan acerca de si todo mito ha de ser necesariamente simbólico; más bien yo diría

que no, o por lo menos no siempre; y precisaría que algunos mitos solo podrían entenderse como simbólicos si la subjetividad de algún receptor así quisiera figurárselos; se me hace evidente –lo diré con otras palabras– que los mitos son solo potencialmente simbólicos. Pero luego, tras este pensamiento inicial, veo que el autor se adentra (pp. 301 ss., capítulo 5) en lo que deba entenderse aquí técnicamente por “símbolo”, y así el sentido técnico dado ahora al vocablo parece alejarse del sentido primario y simple con que solemos usarlo, y entonces la afirmación de que el mito sea simbólico ya no significa lo que me parecía a primera vista significar, y en consecuencia, me doy cuenta de que la definición solo se entiende en su verdadero significado cuando se lee su desarrollada explicación. Y la verdad, uno desearía que la definición fuera transparente para el común de los mortales desde su mismo enunciado, aunque después la glosa tendiera a clarificarla todavía más.

Que todo mito sea temático no creo que nadie pueda dudarlo (si “temático” se toma en su sentido primario y común), y casi me parecería entonces tautológica la afirmación. Pero no es, en realidad, tautológica, porque luego (pp. 535 ss.) el autor glosa el sentido técnico con el que el vocablo “tema” y el adjetivo “temático” se deben entender en su definición, y ya “temático” no es lo que primariamente parece, sino algo parecido pero con más enjundia (p. 536): “Aquí lo considero –dice el autor– como una imagen conceptual simple; más precisamente, como el concepto general, abstracto y sustantivo que agrupa y organiza nuestras representaciones de los objetos e ideas del mundo: tiempo, espacio, vida, muerte, paz, guerra, amor, odio pueden ser estudiados como temas”.

Me pregunto también sobre el hecho de que los acontecimientos que se relatan en los mitos sean o no sean “extraordinarios” (ese concepto se glosa en el capítulo 7, pp. 403-474); y a tenor de lo que tenemos en los mitos grecorromanos, que son los que más conozco, veo que eso ocurre unas veces sí y otras veces no, y más bien me parece que la mayoría de las veces en esos mitos las cosas ocurren ordinariamente, solo que lo no ordinario, lo extraordinario, lo inverosímil (las metamorfosis súbitas, y demás fenómenos míticos que contradicen nuestra experiencia de la realidad cotidiana), se hace notar por ello con mayor impacto cuando aparece, como bien reconocía A. Ruiz de Elvira en su *Mitología Clásica*, Madrid, ed. Gredos, 1975 (p. 9: “Los elementos o secciones inverosímiles, que son capitales en importancia y significación en la mayoría de los mitos, ni son indefectibles, sin embargo, ni pasan jamás de minoritarios...”).

Al proponer como rasgo mítico la carencia de testimonio histórico, en eso sí, creo que acierta plena y rotundamente el autor, por cuanto que esa característica –el aval de un testimonio histórico, es decir, la comprobabilidad de que un hecho haya sido real, haya ocurrido en un tiempo y lugar determinados– es lo que traza neta frontera entre la Historia y la Mitología (y así lo precisa la definición de A. Ruiz de Elvira en su *Mitología Clásica*, p. 7, definición que me ha convencido y he aceptado desde hace mucho tiempo, aunque quepan en ella también las apostillas y los matices). Pero Losada injerta ahí una cierta restricción a ese elemento al añadir “en principio”, tal vez queriendo sugerir que algunas veces algunos personajes plenamente históricos (Alejandro Magno o el Cid, por ejemplo, pienso yo) han sido magnificados hasta tal punto que hayan adquirido un estatuto casi mítico –o aparentemente mítico– en su posteridad, como después explica más detenidamente con numerosos ejemplos (en capítulo 8, pp. 475-533). Así lo entiendo y en ese sentido comprendo la restricción.

Y en fin, la –según Losada–remisión necesaria del mito a “una cosmogonía o una escatología individuales o colectivas, pero siempre absolutas” me parece que, al menos en los mitos grecorromanos, no es un requisito indefectible (si es que entiendo bien la secuencia), y creo que este presunto rasgo se implica y encierra en ese otro de lo “trascendente sobrenatural sagrado”. No todos los mitos –diría yo, dando y quitando parte de razón al autor– tienen por qué tratar acerca del origen del mundo, ni acerca de lo que hay más allá de la muerte, pero sí que casi todo lo que entendemos por mito (y desde luego así es en los mitos de Grecia y Roma), siendo relatos antiguos, insertos y derivados de una cosmovisión radicalmente religiosa, comportan una referencia (implícita o explícita) a la divinidad como principio y fin del mundo y de la vida de los hombres.

La frontera con la historia creo que está suficientemente trazada en esta definición, como he señalado. Pero falta delinear aquí del mismo modo –entiendo yo– la frontera con la ficción. El carácter tradicional del mito, popular, anónimo, no ligado en su origen a una autoría individual sino patrimonio

de una comunidad, es algo reconocido en las muchas definiciones de mito que se han ido dando por los estudiosos de la mitología. El *Quijote* no es un mito –dice el profesor Losada– porque “toda la estructuración del *Quijote* revela una intención desmitificadora” (p. 402), y porque en la novela de Cervantes “hay connivencia, complicidad, entre narrador y lector” (*ibidem*), pero yo creo que puede afirmarse que el argumento del *Quijote* no es un mito por el simple hecho de ser novela, esto es, creación ficcional, invención individual, y no relato tradicional. Ni tampoco, según esto que digo, cabe llamar mito al argumento de *El Asno de oro* de Apuleyo por la metamorfosis en burro de su protagonista, sino por el mero hecho de tratarse de una novela, y esa metamorfosis de Lucio pertenece a una categoría literaria distinta de las de Acteón y Pigmalión –junto con las que Losada la estudia en pp. 405-408–, esas últimas, sí, míticas. Como tampoco cabe etiquetar de mítica la metamorfosis de Gregorio Samsa en la famosa novela de Kafka, y no solo porque no haya aquí referencia a un mundo sobrenatural –así lo afirma Losada para negarle el estatuto mítico (p. 414)–, sino porque se trata de una invención individual, una ficción, una novela. Y en cuanto al personaje de don Juan, sobre el que tanto se habla en este libro, atribuyendo carácter mítico a sus aventuras, apenas me atrevo a dictaminar; pero, si se sabe a ciencia cierta que sea producto de una imaginación individual, de una autoría concreta, de alguien que inicialmente lo inventó, entonces estaría claro que es novelesco y no mítico, diría yo. Por mucho que lo sobrenatural sea ingrediente del relato de sus aventuras.

La definición de mito ofrecida y glosada por el profesor Losada en este libro me sugiere, en suma, estas apreciaciones y estos juicios. Y los escribo tras haber leído y releído sus argumentaciones y justificaciones en el deseo de entender debidamente su definición.

He comprobado también en mi lectura cuántas lecturas de obras literarias europeas subyacen en la elaboración de estas páginas, cuánta atención a sus argumentos y cuánto análisis pormenorizado de sus ingredientes con vistas a sopesar y justipreciar sus posibles valencias míticas. Se esconde aquí un amplísimo y profundo conocimiento no solo de la literatura europea, sino también de muchas otras manifestaciones de la cultura universal que han podido ser vehículos del mito. Y el examen perspicaz de tan numerosa producción me parece que es uno de los grandes méritos del libro.

Y, entre los varios pasajes que aportan luz manifiesta y alumbran con ella el ámbito del mito en su esencia o en su devenir, quiero resaltar en especial las páginas 248 ss. del capítulo 3 de la parte II, donde se distinguen los sucesivos tiempos del mito. En esas páginas se encuentra fundamento para delinear unas fronteras cronológicas y una secuenciación que es imposible obviar al estudiar los relatos míticos. Porque está claro que el mito en sus orígenes, conservado y difundido oralmente, ese mito que funciona como causa y cimiento del rito, o como memoria de los antepasados, no es lo mismo que el mito en una etapa posterior ya contemporánea de la escritura y de una asentada perspectiva crítica y arqueológica; en el caso del mito clásico, no es lo mismo ese mito en su prehistoria anterior a Homero y a la escritura, que en Eurípides o en Ovidio, aunque aún en tiempos de Eurípides y de Ovidio los dioses del panteón griego o romano tuvieran sus templos, sus rituales y sus fieles; ni mucho menos es lo mismo aquel mito que el que ha llegado a ser, con el paso del tiempo, en la obra de los autores europeos de época medieval, moderna o contemporánea. Efectivamente, como bien propone Losada, hay que distinguir un lejano “tiempo de la invención”, cuando el mito era pura oralidad, de un “tiempo de la transmisión”, tras su plasmación escrita, y posteriormente de un “tiempo de la recepción”, con las distinciones dentro de esos tres tiempos de las sucesivas fases que la historia nos lleve a distinguir (de esto mismo hablo en mi estudio “Concepto, fronteras y vigencia literaria del mito clásico”, en J. M. Losada-Antonella Lipscomb, eds., *Mito: teorías de un concepto controvertido*, Madrid, 2023, pp. 41-60).

Libro cuidado en su expresión, aunque a veces crea vocablos sorprendentes (p. ej. “edipiano”, p. 241, en vez del sólito adjetivo “edípico”, “charlatanismo”, p. 479, frente al más usual “charlatanería”). Erratas apenas se encuentran, pero quiero anotar una, que es lastimosa, en la nota 16 (p. 21) y que afecta a una cita del libro *Mitología Clásica* de mi querido maestro Antonio Ruiz de Elvira: los sucesos relatados en el mito, según Ruiz de Elvira, no son “incierto e incomprensibles”, sino “incierto e improbable” (línea 2 de la primera página de su manual).

En fin, quedo convencido, tras la lectura del libro, de que es fruto de un ingente trabajo, de que encierra buenos análisis literarios y distinciones acertadas; y lo celebro. Pero creo que, al menos, debería trazarse en él más netamente la línea divisoria entre mito y ficción, entre lo que es producto de una tradición colectiva y una invención individual.

